

"sobre héroes y tumbas"

(un rostro de la patria)

• RAUL JORGE ARTIGAS, S. J.

*"Como se horrorizaron ante él
(tan desfigurado era su rostro
y su aspecto menos que de hombre...)"*

Is., 52, 14.

SE me ocurrió en aquella circunstancia que la leyenda de Guillermo Tell describía con fidelidad el alma suiza: cuando el arquero dio con la flecha a la manzana, seguramente en el medio exacto de la manzana, se perdieron la única oportunidad histórica de tener una gran tragedia nacional. ¿Qué se puede esperar de un país semejante? Una raza de relojeros, en el mejor de los casos." (1)

Es una intuición de Fernando —"una especie de héroe, de héroe al revés, héroe negro y repugnante, pero héroe"— en esta novela de héroes y tumbas. No siendo la Argentina un país de relojeros, sino una realidad tensa y dramática, y esto desde el fondo de su historia hasta el momento en que vivimos, ese torbellino de razas y pasiones, de tumbas y tragedias da abundante —inagotable— material a Sábato para las quinientas páginas de su libro.

Nos sentimos agarrados, con nuestra realidad humana y argentina revuelta hasta las entrañas, al terminar de leer estas páginas. Porque en ese laberinto —laberinto con mucho de faulkneriano en la técnica, pero especialmente laberinto de intuiciones, observación reflexiva y sugerencias— se va bosquejando con manchas de barro y de sangre, como en esas telas que sólo a distancia revelan su sentido, un rostro familiar. Un rostro inacabado, deforme a veces, pero rostro entrañablemente querido de la patria.

(1) ERNESTO SABATO, "Sobre héroes y tumbas". Novela. Fabril Editora, 2ª edición, junio de 1963. Pág. 267.

Podríamos entrar en la novela por los túneles freudianos que se hunden, acercan y entrelazan hasta el encuentro final: siguiendo a Sábato, parece que siempre se trata de túneles. Pero pienso —es un gesto personal, un derecho que me da mi libre condición de lector— que lo que más llega emocionalmente aquí no son los tremendos complejos que precipitan la acción. Alguien ha señalado (2) la coexistencia de esos clásicos complejos: el de Edipo, desenvuelto en forma realista, en la persona de Alejandra; el de Electra, simbólicamente, en forma de parábola en el mundo de los sueños, en Fernando (padre de Alejandra). El tratamiento de estos casos, su conjunción, su misma intencionada oscuridad, son aciertos indiscutibles. Juego de planos, dominio de la técnica novelística por un escritor plenamente maduro. Difícilmente se puede dar una idea de este juego complejo si no es siguiendo en la obra paso por paso —no es mi intención— su desarrollo.

No, porque es el rostro hecho de manchas —barro, sangre, pero también alguna estrella fría de nuestro cielo— lo que me ha captado, lo que he tratado de reconstruir tomando distancias como, ya lo dije, lo exige un retrato como éste.

ROSTRO ENIGMATICO

De esos héroes y tumbas —héroes, más bien, tragados por tumbas muy diferentes— ha quedado esta patria esbozada: un

(2) Cfr. BERNARDO CANAL-FEIJOO, "Sur", Mayo-Junio 1962, pág. 90.

rostro en conflicto, trágico en sus contradicciones. Un Guillermo Tell argentino hubiera arrancado —no voluntariamente, pero sí llevado por la violencia trágica de esta tierra— la cabeza del hijo. Como a Lavalle perseguido, en esa retirada interminable hacia la frontera del norte, le va a matar, casualmente trágica, una bala perdida en la noche de Jujuy. Lavalle es uno de los héroes terribles de esta novela, corriente subterránea que se asoma una y otra vez para dejar su rastro, huella imborrable de la tradición nacional. Héroe y tumba a la vez, porque su cadáver descompuesto, a lomo del caballo y envuelto en su poncho, será tumba ambulante —fugitiva— por la Quebrada de Humahuaca, siempre hacia el norte, siempre perseguido.

Nuestra desgracia, dice Bruno —alma contemplativa, el hombre en la novela que sabe escuchar, comprender, y también reflexionar sobre lo que ve— “nuestra desgracia es que no habíamos terminado de levantar una nación cuando el mundo que le había dado origen comenzó a crujir y luego a derrumbarse, de manera que acá no tenemos ni siquiera ese simulacro de eternidad que en Europa son las piedras milenarias, o en Méjico, o en Cuzco. Porque acá (decía) no somos ni Europa ni América, sino una región fracturada, un inestable, trágico, turbio lugar de fractura y desgarramiento. De modo que aquí todo resultaba más transitorio y frágil, no había nada sólido o que aferrarse, el hombre parecía más mortal y su condición más efímera” (3).

Sensación de reposar sobre el vacío y de no haber terminado, todavía, de constituir una realidad. Ser argentino no tiene —¿por qué no ser sinceros?— la maciza nitidez de un ser chileno, peruano o mejicano. Méjico, Chile, Perú, son plenamente América. Nosotros, “ni Europa, ni América”. En otras partes, la sangre unida indígena e hispánica ha tenido cuatro siglos para amalgamarse. Nosotros tenemos demasiadas sangres, dema-

siada Europa —o Europas—, y muy recientes.

“...respondería Bruno, diciéndole que la Argentina no sólo era Rosas y Lavalle, el gaucho y la pampa, sino también, ¡y de qué trágica manera!, el viejo D’Arcángelo con su galerita verde... y su hijo Humberto D’Arcángelo, con su mezcla de escepticismo y ternura, resentimiento social e inagotable generosidad, sentimentalismo fácil e inteligencia analítica, crónica desesperanza y ansiosa y permanente espera de ALGO” (4).

Y en esas realidades distintas, mezcladas, recién y sólo en parte amalgamadas, nostalgia, amarguras, pesimismo. Sentimientos con algo de enigmático, porque si bien es cierto que pesimistas y optimistas siempre existirán donde haya seres humanos, “es indudable que en la Argentina, y sobre todo en Buenos Aires, la proporción de pesimistas es mucho mayor, por la misma razón que el tango es más triste que la tarantela, o la polca, o cualquier otro baile de no importa qué parte del mundo” (5).

“Los argentinos somos pesimistas (decía Bruno), porque tenemos grandes reservas de esperanzas y de ilusiones, pues para ser pesimista hay que previamente haber esperado algo. Este no es un pueblo cínico, aunque está lleno de cínicos y acomodados; es más bien un pueblo de gente atormentada, que es todo lo contrario, ya que el cínico se aviene a todo y nada le importa. Al argentino le importa todo, por todo se hace mala sangre, se amarga, protesta, siente rencor. El argentino está descontento con todo y consigo mismo, es rencoroso, está lleno de resentimientos, es dramático y violento. ... Aquí todo era nostálgico, porque pocos países debía haber en el mundo en que ese resentimiento fuese tan reiterado: en los primeros españoles, porque añoraban su patria lejana; luego, en los indios, porque añoraban su libertad perdida, su propio sentido de la existencia; más tarde, en los gauchos desplaza-

[3] SABATO, “Sobre héroes y tumbas”, pág. 235.

[4] Id., pág. 187.

[5] Id., pág. 160.

dos por la civilización gringa, exilados en su propia tierra, rememorando la edad de oro de su salvaje independencia; en los viejos patriarcas criollos, como Don Pancho, porque sentían que aquel hermoso tiempo de la generosidad y de la cortesía se había convertido en el tiempo de la mezquindad y de la mentira; y en los inmigrantes, en fin, porque extrañaban su viejo terruño, sus costumbres milenarias, sus leyendas, sus navidades junto al fuego" (6).

Hay muchos interrogantes en estos sentimientos, muchas incógnitas. ¿Qué está revelando ese pesimismo de una tierra joven? ¿Frustración, senilidad precoz, o un proceso natural integrativo en pleno desarrollo, sin que puedan sus elementos ser plenamente conscientes del mismo, embarcados como están en el proceso y viviendo los propios resentimientos, las propias frustraciones que la meta futura de la nacionalidad les está imponiendo?

Será que el rostro de la patria sólo a distancia se revela, en perspectiva, y son muy pocos los contemplativos capaces de tomar esa distancia; en todo caso, se trata de un rostro enigmático, doloroso como esa imagen alucinante e inacabada que ilustra la cubierta de la novela de Sábato.

NORTE Y SUR:

DOS DIRECCIONES...

Si dos son las legítimas raíces de una misma nacionalidad, sólo a una, ciertamente, le corresponde su primer origen. Es la de los Olmos, de los Acevedo de la novela. Unos en decadencia, en su viejo caserón de Barracas, perdidos ahora entre fábricas y conventillos, último vestigio de su clase en ese antiguo barrio de quintas señoriales. Otros han "emigrado"—todos, menos los Olmos, la familia de Fernando, Alejandra y el Abuelo Pancho— y viven ahora en San Isidro, en el Barrio Norte. A unos sólo les quedan "papeles, nombres de calles", mientras

otros, recién llegados, ya son millonarios.

Y el "abuelo" Pancho, bisabuelo en realidad de Alejandra, es el nudo que reúne toda la historia nacional. En su memoria casi centenaria desfilan las Invasiones Inglesas que oyera relatar en su familia, la "guerra grande" de la Independencia, el gobierno de Rosas, la campaña de Lavalle. Sobre todo, obsesivamente, la retirada de Lavalle, Humahuaca. ("Todo lo que queda de la orgullosa Legión, después de ochocientas lenguas de retirada y derrota, de dos años de desilusión y de muerte. Una columna de ciento setenta y cinco hombres miserables y taciturnos (y una mujer) que galopan hacia el norte, siempre hacia el norte... más allá de la interminable quebrada. El sol de octubre que cae a plomo y pudre el cuerpo del general... El olor, el espantoso olor del general podrido... la voz que ya canta en el silencio de la noche:

Palomita blanca,
vidalita,
que cruzas el valle,
ve a decir a todos,
vidalita,
que ha muerto Lavalle...") (7).

Todo el pasado desfila por la memoria del viejo, en su vida subterránea entre héroes y tumbas, desconectada del presente. Rosas, la Mazorca, la cabeza cortada del Coronel Bonifacio Acevedo y arrojada, como una sandía, por la ventana. La locura de la hija que se encierra hasta su muerte, con la cabeza del padre, en el mirador de la vieja quinta. Y los negros, "que empezaron a ralear desde la presidencia de Roca... los gringos que fueron llegando los reemplazaron".

Y por eso la Argentina no es sólo Rosas y Lavalle. Porque llegaron ellos, y en Buenos Aires, hoy, pensará Bruno:

"Seis millones de argentinos, españoles, italianos, vascos, alemanes, húngaros, rusos, polacos, yugoslavos, checos,

(6) *Id.*, pág. 189.

(7) *Id.*, pág. 83.

sirios, libaneses, lituanos, griegos, ucranianos.

Oh Babilonia.

La ciudad gallega más grande del mundo. La ciudad italiana más grande del mundo. Etcétera. Más pizzerías que en Roma y Nápoles juntos. "Lo nacional". ¡Dios mío! ¿Qué era lo nacional?

Oh, Babilonia" (8).

Sigue Lavallo su camino hacia el norte. Pero ahora hay otros: Chichín, D'Arcángelo, Bucich, etc., etc., etc. Y en la novela, que alterna los temas como una sinfonía, Martín —frustrado amante de Alejandra— se va con Bucich, el camionero, hacia el Sur. Dos direcciones de una misma patria, ambas "interminables". La quebrada de Lavallo, la ruta 3 ("esa formidable ruta 3 que termina en la punta del mundo, allá, donde Martín imaginaba todo blanco y helado, aquella punta que se inclinaba hacia la Antártida, barrida por los vientos patagónicos, inhóspita pero limpia y pura") (9). Pero en ambas direcciones caminan argentinos, Lavallo en el Norte todo tradición, Bucich —y con él Martín del Castillo— en el Sur, la tierra nueva que apenas sabe del pasado.

Hay un presentimiento del día en que se fundan definitivamente en una sola realidad esas dos direcciones, esa llanura extendida hacia la inmensidad bajo su cielo "transparente y duro como un diamante negro". Está en la frase de Bucich que cierra la novela, en esa noche estrellada de la Pampa junto a la ruta de la Patagonia: "Qué grande es nuestro país, pibe". Esa que es frase de todos los argentinos, esa pasión más honda que cualquier pesimismo y resentimiento, podría ser el signo del camino recorrido, de la realidad nacional en parte —en su parte más sólida— alcanzada.

...Y UNA SOLA PASION

Si no resisto a la tentación de citar y citar es, como dije, porque sólo preten-

do tomar distancia para ver un rostro en la novela, y a ese rostro sólo lo pueden formar las "manchas" dispersas que van tomando forma contempladas de lejos.

Un italiano "nuevo" acaba de llegar "(¿Peruzzi, Peretti?), con su relamido saquito a la italiana, impecable y perfumado". Observa, compara, critica. Ahora le toca al estado ruinoso de los tranvías, inconcebible a esta altura del Siglo XX en una ciudad como Buenos Aires. Y entonces Humberto D'Arcángelo —hijo de italianos—, "que lo miraba con contenida indignación", dijo con estudiada e irónica cortesía:

"Seré curioso, diga: ¿allá, en su patria, no hay má tranvía?, pregunta a la que el jovenzuelo Peruzzi o Peretti respondió que se habían ido retirando del centro de las ciudades y que, por lo demás, eran tranvías rapidísimos, modernos, limpios, aerodinámicos, como en general todo el sistema de transporte. ¿Sabían ellos que el directísimo Génova-Nápoles había batido todos los récords internacionales de velocidad? Mientras que acá, para ser sincero, acá los trenes daban lástima y hasta risa, como bien había reconocido el señor D'Arcángelo hacía un momento; motivo por el cual debe de haber recibido con considerable asombro la reacción del mismo señor D'Arcángelo que, golpeando con su mano sobre la primera plana de *Crítica*, en que a ocho columnas se leía el triunfo de Fangio en Reims, casi gritó: ¿Y éste, también e italiano?... y temblando de rabia, con una voz casi inaudible a fuerza de ser tensa y contenida, dijo: Mire, maestro, Fangio es argentino, aunque sea hijo de italiano como yo o Chichín o el señor Lambruschini, argentino y a mucha honra, hijo de eso italiano de ante que venían a la bodega de lo barco y que después laburaban cincuenta año sin levantar la cabeza y todavía estaban agradecido a la América y lo hijo miraban con orgullo la bandera azul y blanca, no como eso italiano que vienen ahora y se pasan el día criticando el país: que si lo bache,

(8) Id., pág. 155.

(9) Id., pág. 473.

que si lo tranviá, que si lo trene, que si la basura... que si a Milán la cosa son así o asau, que si la mujere de aquí no son elegante, y si má no viene agarran y hasta hablan mal de lo bife. Ahora yo me pregunto... ¿Por qué si se sienten tan mal a este país no chapan la valija y se mandan mudar? ¿Por qué no se vuelven a Italia, si aquello e el paraíso que dicen? ¿Qué me quieren representar, digo yo, toda esta sarta de jefe, de dotore, de ingeniero?..." (10).

Hay lugar para preguntarse, después de una escena como esta, si existe diferencia entre esta pasión argentina y la que sentían aquellos soldados de Lavalle, cuando al fin de la quebrada pisaron el suelo boliviano. Y con ellos, los huesos del General envueltos en su poncho, y su cabeza, y su corazón, porque la carne de Lavalle —desprendida en un rito macabro y sagrado por el cuchillo de monte del Coronel Alejandro Danel— ha sido arrastrada hacia el Sur por las aguas del Huacalera.

Ahora, cuando el Coronel Pedernera ordena montar y seguir adelante, hacia Potosí, "aquellos hombres montan a caballo pero permanecen largo tiempo mirando hacia el Sur. Todos (también el Coronel Pedernera), ciento setenta y cinco rostros, pensativos y taciturnos hombres... mirando hacia el Sur, hacia la tierra que se conoce con el nombre de Provincias Unidas (¡Unidas!) del Sur, hacia la región del mundo donde esos hombres han nacido y donde quedan sus hijos, sus hermanos, sus mujeres, sus madres..." (11).

La pasión de estos hombres por su tierra y la de Bucich, o D'Arcángelo, es la misma: un mismo amor y un mismo orgullo. Un mismo dolor ante los desgarramientos que se suceden, una misma crítica amarga "entre nosotros", pero guay del que quiera criticarnos desde afuera. Expresada con diferencias de matiz en la lengua o el sentimiento, esta

pasión revela el núcleo firme de la nacionalidad alcanzada, el rostro no acabado, pero único rostro de la patria.

NACIONALISMO Y EUROPEISMO "NACIONAL"

Siempre el agudo observador que es Bruno —y el que está detrás de Bruno— ilumina nuevos aspectos, los descubre en una anécdota, en un dicho, en una actitud de esos argentinos que le rodean. Ahora es un matiz que distingue al que descende de inmigrantes en su posición ante lo "autóctono":

—¿Lo conoce a Molina Costa?

—No.

—Resulta que al lado de su campo está la estancia de un señor Pearson Spaak. El hijo, Willie, lo criticaba porque andaba con breeches, mientras que él lleva siempre bombachas criollas y no usa jamás montura inglesa. Le dijo: Viejo, vos necesitás todo eso porque te llamas Pearson Spaak; pero como yo me llamo Molina Costa, puedo darme el lujo de andar con breeches" (12).

Porque, como explica enseguida el mismo Bruno, "es indudable que en ese empeño que tenemos últimamente en rechazar todo lo europeo hay un fuerte sentimiento de inseguridad. ¿No le parece? Acá los grupos de nacionalistas están llenos de individuos que se llaman Kelly o Rabuffetti" (13).

Y en otro terreno incursionado, en pleno territorio de las letras, ocurre un encuentro callejero. Martín y Bruno, caminando por Perú, se cruzan con Borges. Y Borges no sale muy bien parado de este encuentro, sobre todo en los comentarios que se siguen y concluyen con el juicio de un sacerdote —el P. Rinaldini, al que iban a visitar— sobre los méritos literarios de nuestro escritor.

Pero ahora es la tendencia contraria: no el "criollismo" de Pearson Spaak, sino el "europeísmo" de Borges lo que está en

(10) Id., pág. 179.

(11) Id., pág. 481-482.

(12) Id., pág. 199.

(13) Id., pág. 200.

juego. Y la clave, como otras veces, la vuelve a dar Bruno:

..—*Dicen que es poco argentino —comentó Martín.*

—*¿Qué podría ser sino argentino? Es un típico producto nacional. Hasta su europeísmo es nacional. Un europeo no es europeísta: es europeo, sencillamente.*

—*¿Usted cree que es un gran escritor? Bruno se quedó pensando.*

—*No sé. De lo que estoy seguro es que su prosa es la más notable que hoy se escribe en castellano. Pero es demasiado preciosista para ser un gran escritor. ¿Lo imagina Ud. a Tolstoi tratando de deslumbrar con un adverbio cuando está en juego la vida o la muerte de uno de sus personajes? Pero no todo es bizantino en él... hay algo muy argentino en sus mejores cosas: cierta nostalgia, cierta tristeza metafísica... En realidad se dicen muchas tonterías sobre lo que debe ser la literatura argentina. Lo importante es que sea profunda. Todo lo demás se da por añadidura. Y si no es profunda, es inútil que ponga gauchos o compadritos en escena'* (14).

Para el P. Rinaldini —figura muy reconocible— los cuentos filosóficos de Borges rayan en lo intolerable. *"Lo que no tolero son sus divertimientos filosóficos, aunque mejor sería decir pseudo-filosóficos. Es un escritor ingenioso, seudificador. O, como dicen los ingleses, sofisticado"*.

Sólo quedan de su obra, lo mismo que para Bruno, *"esos poemas que recordaban la infancia, el Buenos Aires de otro tiempo, los viejos patios, el paso del tiempo"* (15).

En la vida —y en la literatura— hay actitudes que son, de por sí, reveladoras. *"Somos argentinos —dirá Bruno— hasta cuando renegamos del país, como a menudo hace Borges"*. Y el solo temor de otros a ser considerados "menos argentinos", esa inconfesa situación de inseguridad, puede llevar a todos los "anti" del nacionalismo más extremo.

Tierra de contradicción, por cierto, en que el europeísmo no puede dejar de ser nacional, y el nacionalismo pasa a ser, en muchos, defensa de una tradición nacional, propia, pero no familiar.

EN SU HORA MAS SOMBRÍA

Muchos momentos sombríos desfilan por los recuerdos de la novela. Momentos de desesperación, de lucha entre hermanos, de caos. La "guerra chica" de Lavalle, la sangre por las calles de Buenos Aires en 1905, 1908, 1910; los asaltos del anarquismo y su muerte definitiva en la revolución del treinta.

Pero la novela hace crisis cuando todos los resentimientos parecen estallar juntos, en la hora tal vez más sombría de la patria, cuando todo son amenazas de horca, de muertes y de incendios. Llegamos al 16 de junio de 1955. Y Martín, en la hora también de su crisis personal, *"sentía que de algún modo aquellos acontecimientos oscuros y violentos estaban vinculados a su propio drama, a su drama ambiguo e indescifrable de argentino solitario y desamparado"* (16).

Era la hora en que *"todos estaban recelosos de todos, las gentes hablaban lenguajes diferentes, los corazones no latían a un mismo tiempo... había dos naciones en el mismo país, y esas naciones eran mortales enemigas, se observaban torvamente, estaban resentidas contra sí"* (17).

Los que gritan que "a los oligarcas hay que liquidarlos a todos", y los que piensan que "habría que matar a toda la negra"... Y como fondo de la tragedia, *"los millones de habitantes que parecían ambular por Buenos Aires como en un caos, sin que nadie supiese dónde estaba la verdad, sin que nadie creyese firmemente en nada; los viejos como Don Pancho viviendo en el sueño del pasado, los aventureros haciendo fortuna sin impor-*

[14] *Id.*, pág. 182.

[15] *Id.*, pág. 185.

[16] *Id.*, pág. 236.

[17] *Id.*, pág. 187.

társeles de nada ni de nadie..." (18).

Todo lo que había "de cáptico y de encontrado, de endemoniado y desgarrado, de equívoco y opaco" estalló en ese día y esa noche. Los obreros ametrallados en la plaza, las iglesias ardiendo, profanadas, en la noche.

Luego, el silencio en las calles desiertas, el resplandor de los incendios, el odio y la orgía de las pasiones desatadas. Martín que contempla y ayuda a salvar, con un "cabecita negra", a la Virgen de los Desamparados ("a mí no me gusta quemar iglesias. ¿Qué culpa tiene la Virgen de todo esto?") (19). Y la mujer impertérrita, "feroz y decidida" salvando las imágenes como en un sueño de autómatas, y llevándolas a su casa "para cuando reconstruyan la iglesia". Y unas casullas rescatadas con el mango de oro de un paraguas (cuesta aceptar en este episodio —rigurosamente histórico— que la actitud de la dama haya sido, en todo momento, sólo ese odio implacable que aparece en la novela).

Así quedó Buenos Aires, junto a su "río que no corre en ninguna dirección, como los otros ríos del mundo".

"Irse de esta ciudad inmunda", pedía Alejandra, la "muchacha descendiente de unitarios y sin embargo partidaria de los federales... contradictoria y viviente conclusión de la historia argentina" que parecía sintetizar.

Y fue el deseo de muchos entonces, como lo había sido antes, para otros, alejarse de esa patria "que no es sino una serie de enajenaciones". Pero en muchos, también, era más fuerte un mismo imperativo, el que impulsara a Lavalle a volver una y otra vez, hasta morir en ella, "a esta tierra cruel que es mi tierra". Junto a las tumbas de los héroes.

* * *

"Sobre héroes y tumbas" cala muy hondo, entre lo más profundo que aquí se ha escrito. Hay una constante preocupación metafísica bajo el barroquismo y los laberintos de su forma.

(18) Id., pág. 188.

(19) Id., pág. 243.

Con hondura ha sido tratado el problema del ser nacional que he intentado contemplar, en perspectiva, en estas páginas. Pero en un plano individual, en muchos de los héroes y tumbas de esta novela, campea la misma inquietud metafísica. Individual que se hace, al cobrar profundidad, universal, enfrentando los grandes temas de la existencia humana. Más allá de lo meramente circunstancial de estas existencias, de los complejos de Alejandra y de Fernando.

"Nuestra literatura debe ser, por excelencia, una literatura metafísica — piensa Sábato— (20). Porque... el problema central del hombre es la muerte. Y aquí, por decirlo así, nos morimos más y mejor que en Europa. Ellos tienen detrás dos mil años de historia, y no es lo mismo tener detrás esa especie de metáfora de eternidad que es el Coliseo, por ejemplo, que tener detrás la nada... Martín Fierro es un gran poema no porque cante al gaucho y su folklore, sino porque habla de la soledad y de la muerte... Pero si hasta ese arrabal de la literatura que es el tango tiene una letra metafísica...".

Esta novela, reeditada al año y medio de aparecer, sigue excitando los ánimos y estremeciendo al lector como en el día que vio la luz. La limitación al tema de la realidad nacional —que dicho sea de paso, se me asoció en seguida al rostro doloroso que ilustra la cubierta— me ha hecho quedar al borde de otros aspectos, quizá más universales, pero en ningún modo ajenos al tema nacional.

Imposible dejarse llevar por todas esas grandes preguntas: soledad de los "héroes", perversidad humana, solidaridad entre los hombres compañeros, dolor inocente y culpable, muerte, Dios emplazado a comparecer, en su omnipotencia, en la pieza de Martín. Son invitaciones, puertas abiertas que deja la novela a la meditación personal.

Tengo la esperanza de haber sido fiel

(20) Cfr. MARIA ANGELICA CORREA, "Entrevista a Sábato", Señales, Mayo-Junio 1962, pág. 22.

al autor en este esbozo de un rostro. No es tarea fácil, porque Sábato "empieza ya, antes de impreso el libro, a lamentarse de lo mal que será recibido, de que no lo van a entender. Y eso no lo hace por "pose", sino por la intensidad con que desea ser entendido, comunicarse". (21).

Si ha quedado algo de ese rostro nacional esbozado, ese rostro refleja la

(21) *Id.*, pág. 23.

realidad desde sus entrañas, en toda su crudeza visceral y a la vez espiritual. Esos rasgos todavía inacabados, esas manchas sangrientas, le quitan todavía su belleza, nos hacen mirarle con desagrado, como a la figura de la cubierta. Pero ese rostro, de eso estamos seguros, no será nunca un mascarón de proa, porque está informado —como el autor ha sabido expresarlo— por un alma interior. ◆

cine

tres films nacionales

● ELSA RISSO

Paula cautiva

PAULA cautiva es una excelente muestra de cine nacional, de un cine nacional sano, que por lo menos intenta un acercamiento sincero a nuestra compleja y problematizada realidad, presentándola en forma directa y valiente, sin subterfugios ni rodeos. Además es una agradable y reconfortante sorpresa en Fernando Ayala, pues en su producción anterior (seis films) pudieron advertirse considerables altibajos.

Su primer film, "Ayer fue privamera", sugería un futuro promisorio. Sin embargo, los dos siguientes, "Los tallos amargos" y "Una viuda difícil", implicaron un retroceso notorio. Es recién en 1958 con "El jefe", sobre un argumento original de David Viñas, cuando Ayala descubre su vena más rica y con ella una temática y un estilo personales. Oigamos la ajustada valoración que Domingo Di Núbila hace del film en su "Historia del cine argentino": "El jefe" fue una espléndida película que enjuició a los hombres providenciales a través del estudio caracterológico de un líder ansioso de poder y riqueza, sin escrúpulos, astuto en hacerse

de secuaces y admiradores mediante halago, sonrisa, soborno, extorsión y violencia, pero incapaz de mantenerse en su pedestal cuando se le exige valor. Y también fue un estudio de los seres proclives a caer bajo su influencia: ingenuos, necesitados, incultos, resentidos, fracasados, inconscientes, ambiciosos, etc... La historia narrada con interés, sentido del humor y estilo moderno, se refirió a una barra suburbana, entre cuyos componentes aparecieron simbolizados aquellos tipos; y tuvo universalidad, porque configuró un proceso del caudillismo en la acepción más amplia y general del término, aunque más aplicable a Perón (por el detalle de la habilidad para captar voluntades) que a otros dictadores, sudamericanos o no".

Con "El jefe" Ayala se ubicó en la línea de testimonio social y de aproximación a la realidad que, en gran medida, caracterizan al cine de nuestra época. El siguiente film del binomio Ayala-Viñas, "El candidato", aún dentro de la misma tendencia, no confirmó los valores del an-